

A veces, de sangre un río
vierto, en situación acerba,
y á veces, con una hierba
como un tonto me extasio.

Y en esto, sin duda alguna,
con sesudo estoicismo,
pruebo que me da lo mismo
por las dos que por ninguna.

Sin embargo, de mi afán
me daré por satisfecho
si no te enfada lo hecho
en *Montoya el Capitán*.

El pueblo me lo contó
sin notas ni aclaraciones;
con sus mismas expresiones
se lo cuento al pueblo yo.

Inútil es que me pidas
para medirle compás;
el pueblo tiene no más
el compás con que le midas.

La gente crítica y docta,
que por decidir se muere,
califíquele si quiere
de milagro ó de aneçdota.

Se me da, Eugenio, un ardite
que lo juzgue bien ó mal,
que lo llame obra inmortal
ó de necia la acredite,

porque según lo que vemos,
no hay obra, y más siendo ajena,
que sea á su juicio buena....

Conque pregunto: ¿y qué hacemos?

Escucha los silogismos
con que vengo á deducir

que debemos escribir
sin miedo á nosotros mismos.

Si apenas entre unos y otros
hay un buen libro que hojear,
fácil es de remediar,
escribámosle nosotros.

Tal vez en el *item* demos,
y si no damos, peores
que los demás escritores
á fe que no quedaremos.

Y además, si es el placer
de los sabios *mal-decir*,
si damos en no escribir,
¿qué mil diablos han de hacer?

Yo soy terco, y lo confieso,
pues lo que escribo critican,
escribo porque se pican,
y ambos roemos el hueso.

Que al cabo va convenciéndome
la experiencia por de pronto,
de que no faltará un tonto
que se divierta leyéndome.

Y concebirse no puede
que no tenga un solo amigo
que aplauda lo que yo digo,
como á muchos les sucede.

Yo sé que en ambas escuelas
habrá quien haga á este prólogo
allá á solas un monólogo
como á una fluxión de muelas.

Mas yo vivo, por fortuna,
en tan dulce escepticismo,
que se me importa lo mismo
por las dos, que por ninguna.

EL CAPITÁN MONTOYA

I

LA CRUZ DEL OLIVAR

Muerta la lumbre solar
iba la noche cerrando,
y dos jinetes cruzando
á caballo un olivar.

Crujen sus largas espadas
al trotar de los bridones,
y vense por los arzones
las pistolas asomadas.

Calados anchos sombreros,
en sendas capas ocultos,
alguien tomara los bultos
lo menos por bandoleros.

Llevan, porque se presume
cuál de los dos vale más,
castor con cinta el de atrás,
y el de delante con pluma.

Llegaron donde el camino
en dos le divide un cerro,
y presta una cruz de hierro
algo al uno de divino.

Y es así, que si los ojos
por el izquierdo se tienden,
sotos se ven que se extienden
enmarañados de abrojos.

Mas vese por la derecha
un convento solitario,
en campo de frutos vario
y de abundante cosecha.

Echóse á tierra el primero,
y al dar la brida al de atrás,
«Aquí, dijo, esperarás»,
y el otro dijo: «Aquí espero.»

y hacia el convento avanzando
del caballero la obscura
sombra, se fué la figura
hasta perderse menguando.

Quedó el otro en soledad,
y al pie de la cruz sentado,
siguió inmóvil y embozado
en la densa obscuridad.

Mugía en las cañas huecas
en son temeroso el viento,
rasgándose turbulento
por entre las ramas secas,
y en los desiguales hoyos
con las lluvias socavados,
hervían encenagados,
sin cauce ya, los arroyos.

Ni había una turbia estrella
que el monte alumbrara acaso,
ni alcanzaba á más de un paso
ciega la vista sin ella;
ni señal se apercibía
de vida en el olivar,
ni más voz que el rebramar
del vendaval, que crecía.

Y al hierro santo amarrados
ambos caballos estaban,
y allí en silencio aguardaban,
á esperar acostumbrados.

Ni de la áspera maleza
pisada, al agrio rumor,
les volvió su guardador
sólo una vez la cabeza.

Un pie sobre el otro pie,
embozado hasta las cejas,
metido hasta las orejas
el sombrero, se le ve

como un entallado busto
de alguno que allí murió,
y allí ponerse mandó
por escarmiento ó por susto.

Ni incrédulo faltaría
que si cerca dél pasará,
medroso se santiguara
dudando lo que sería.

Que á quien suele con la luz
y en compañía blasfemar,
bueno es hacerle pasar
de noche junto á una cruz.

Mas esto se quede aquí;
y volviendo yo á mi cuento,
digo que, dudoso y lento,
gran rato se pasó así.

Y ya se estaba una hora
de espera á expirar cercana,
cuando sonó una campana
de lengua aguda y sonora.

Y aun duraba por el viento
su vibración, cuando el guía,
alguien notó que venía
por el lado del convento.

Sacó la faz del embozo,
y oyendo el son más distinto,
echóse la mano al cinto,
y *¿quién va?* el amo y el mozo
preguntaron á la par;
mas conocidos los sonos,
asieron de los bridones
y volvieron á montar.

Y es fama que, menos fiero
el señor con el criado,
dejóle andar á su lado
como digno compañero.

Y éste, al ver cuán satisfecho
volvió de su expedición,
así la conversación
introdujo de lo hecho:

—Señor, ¿cómo está la monja?

—Y ¿cómo ha de estar, Ginés?
Atortolada á mis pies
y más blanda que una esponja.

—Y ¿pensáis dejarla así?

—¡Dejarla, ni por asomo!
No sé todavía cómo,
mas la sacaré de allí,
que según lo que yo he visto,
más quiere la tortolilla

volar libre por Castilla,
que estar en jaula con Cristo.—

Y aquí el recio vendaval,
en voz y empuje creciendo,
puso lo que iban diciendo
para escucharse muy mal.

Y ellos, temiendo que acaso
les cogiera la tormenta,
sacaron por buena cuenta
los caballos á buen paso.

II

CUCHILLADAS EN LA CALLE

En una noche de Octubre
que las nieblas encapotan,
ahogando de las estrellas
la escasa lumbre dudosa,
de la ciudad de Toledo
en una calleja corva

que el paso desde el alcázar
á Zocodover acorta,

es fama que se apostaron
seis hombres, que grupo forman,
de una de las dos esquinas
á la prolongada sombra.
Murmuraron por lo bajo
algunas palabras cortas;
cortas, porque á ellos les bastan,
bajas, por si hay quien las oiga.

Repartiéronse sus puestos
con precaución previsora,
favorable á los que esperan,
y á los que lleguen dañosa;
y quedaron en silencio
casi por un cuarto de hora,
tan ocultos y pegados
á la tapia en que se apoyan,
tan hundidas en la niebla
sus desvanecidas formas,
que hubo quien pasando entre ellos
juzgó la calle muy sola.

Caía desde las tejas
desprendida gota á gota
la niebla, que do halla sitio,
calladamente se posa,
y alguna ráfaga errante,
con tenue voz melancólica

cruzaba de alguna reja
las hendiduras angostas.
Se oían de cuando en cuando
sonar por la calle próxima
puertas y aldabas de casas,
pasos y voz de personas.
Mas nada á los apostados
mueve, anima ó impresiona,
ni voces ni transeuntes
parece que les importan.
Inmóviles permanecen,
y las sospechas se agotan
al ver que por ellos pasan
tanta gente y tantas horas;
y es imposible atinar
con el intento que forman,
cogiendo la calle á espacios
por ambas aceras toda.
Marcó las once un reloj,
sonaron tardas y cóncavas
de las once campanadas
las once pesadas notas,
y al par que en la callejuela
los cinco se desembozan,
alumbrándola por dentro,
luz á una puerta se asoma.
Corriéronse los cerrojos,
rechinó la llave sorda,
y un cuadro de luz voluble
vaciló en piedras y losas.
Transpusieron los umbrales
tres bultos, y una tras otra
se oyeron tres despedidas
que murmuraron tres bocas.
Quitó la luz el de dentro,
dobló á la puerta la hoja,
quedó en tinieblas la calle,
y dijeron fuera: «¡Ahora!»
«¡Viles!» grito el que salía;
los que esperaban, «*¡La moza,*
dijeron, *cuenta con ella!*»
Y á esta palabra traidora,
en dos pedazos la calle
partida, en música ronca
crujieron y en lid confusa
de las espadas las hojas.
«Asirla», dicen los unos;
«¡Hija, á mi espalda!», en voz torva
decía el recién salido,
que las cuchilladas dobla.

«¡Cómo, decían los unos,
son dos y tenernos osan!»
«¡Cómo, murmuraba el otro,
villanos tientan mi honra!»
«¡Mueran!», dicen de una parte;
«¡Vengan!», dicen de la otra;
y crece de la contienda
la confusión temerosa.
Llueven los tajos sin tino,
y aunque se tiran con cólera,
como tirados á ciegas,
la mayor parte malogran.
Pero valientes parecen,
porque se buscan y acosan
con terquedad tan resuelta,
que unos de otros se asombran.
Dan, hieren, cubren, atajan,
tierra ganan, tierra cortan,
y al ruido de los aceros
la vecindad se alborota.
Sacaron luces por alto,
gritaron: «¡Fuego! ¡La ronda!
¡La guardia!» Mas todo inútil,
porque los tajos redoblan.
Las mismas luces que sacan
son de los menos en contra,
y por doquiera cercados,
en sus postrimeras tocan.
En esto, la calle arriba
llegó un mozo á quien abona
por noble la larga pluma
con que su sombrero adorna,
que excusándose palabras
y revelándose en obras,
echó la capa por tierra
y por aire la tizona.
Púsose en pro de la dama
como quien hidalgos goza
pensamientos, y ha nacido
de noble sangre española;
y anuncióse con tal furia
de cuchilladas, que á pocas
tendió en la calle dos hombres
en las postreras congojas.
Y tan rápido revuelve
contra los cuatro que afronta,
que con una sola espada
para los cuatro le sobra.
Con tiempo y valor apenas
para su defensa propia,

dijo uno de ellos: «¡A tanto, sólo el demonio se arroja!»
Y al escucharle el mancebo,
dijo con voz poderosa:
*Con una legión no basta
para el capitán Montoya.»*
Y haciendo el último esfuerzo,
la calle entera despoja,
por donde entraba á tal punto
á todo correr la ronda.

III

OFERTAS

Cuando llegó la justicia
de la contienda al lugar,
halló asido de la mano
con un hombre al Capitán.
Desmayada una doncella,
de él se veía detrás,
por otro hombre sostenida
con intensísimo afán.
Y cuando ufanos quisieron
meter su tardía paz,
oyeron en esta guisa
al desconocido hablar:
—Fadrique soy de Toledo,
Montoya, no os digo más:
mi honor os debo y mi hija;
si tienen precio mirad.
Y vedlo bien, que aunque entramos
me demandéis á la par,
os juro á Dios desde ahora
que son vuestros, Capitán.
—Lo hecho, dijo Montoya,
pagado en exceso está
con la amistad de un Toledo:
ésta es mi mano, tomad:
hice lo que debe un noble;
no hablemos en ello más.—
Y asiéndola don Fadrique,
dijo:—Montoya, apretad.—
Tornóse después á su hija,
y volviéndose á nombrar,
paso le dieron y gente
con que ir en seguridad.
Tomó cartas la justicia,
y empezando á justiciar,
llevóse en prenda los muertos,

y citó ante el tribunal
á los testigos que hubiere,
incluyendo al Capitán,
quien calándose el sombrero
replicóles:—¡Bien está!
Póngame, seor corchete,
esa capa en caridad,
y tome esa friolera
con que entierren á ese par.—
Y echando un bolsillo de oro
de la justicia en mitad,
fuése, dejando en la turba
admiración general.

Y justamente admirado
merece ser en verdad
quien da tales cuchilladas
y tales bolsillos da.

IV

EL CAPITÁN DON CÉSAR

—¡Esa gente es un tesoro!
El generoso y valiente,
ella hermosa; ¡y juntamente
la ofrecen pesada en oro!
¿Qué te parece, Ginés?
Cuatro millones la dan.
—¡Gran presa, mi Capitán!
¿La aceptaréis?
—¡Fácil es!
—¿Y la monja?
—¡Eso te aflige!
¡Buenas son ambas, por Dios!
Y quien de dos toma dos,
como hombre avisado elige.
Dicen que parece mal
que hombre de mi condición
viva siempre solterón
derrochando su caudal.
Y á mí también me parece
que quien tanto tiene y vale,
pues de lo vulgar se sale,
más de lo vulgar merece.
La consecuencia te toca:
si una me dan y otra quito,
que con dos puedo acreditar;
conque, Ginés, punto en boca —

Esto dijo el Capitán,
y pidiendo de vestir,
anunció que iba á salir
á cierto asunto galán.

Colgóse al cinto la espada,
de plata en doble cadena,
tendió la negra melena
sobre la gola plegada.

Caló el chambergo de lado,
y retirando el espejo,
tornó su postrer consejo
á repetir al criado.

Doblóse este siervo fiel
en presencia del señor,
y ganando un corredor,
cruzóle delante de él.

Abrióle de par en par,
una tras otra, tres puertas,
que se quedaron abiertas
mucho después de pasar.

Venia le hicieron gran pieza
siervos que al paso topó,
y un paje tras él salió
descubierta la cabeza.

Y á fe que se colegía
mirando tal homenaje,
que era mucho personaje
quien con tal pompa vivía.

Mas ya es tiempo ¡vive Dios!
de que dé el lector discreto
con quién es este sujeto
que anda ha rato entre los dos.

Sepa, pues, que el capitán
don César Gil de Montoya
es de las armas la joya,
y de las hembras imán.

Nadie se atreve á afrontallo,
ni hay quien resista su lanza;
nadie su poder alcanza,
sea á pie, sea á caballo.

En liza donde él se mete
por empeño ó por favor,
nunca falta justador
para el último jinete.

En fiesta ó lance que él entra,
toda opulencia es escasa;
nadie en lo galán le pasa,
ni más bizarro se encuentra.

Favorece á quien pregunta,
obliga á quien aconseja,

enloquece á quien corteja,
y avasalla á quien se junta.

Audaz con quien enamora,
manda, cela, acosa, exige,
y al cabo del mes elige
nuevo amor, nueva señora.

Un filtro lleva en los ojos
que fanatiza á quien ama,
deleite su voz derrama,
y fuego sus labios rojos.

Mujer que cayó en su red,
su corazón dejó preso,
que sorbe con cada beso
un corazón cada vez.

No hay puerta que le resista
ni reja que le desaire,
que entra su amor como el aire;
con sólo mirar conquista.

Como un sultán opulento,
como un Adonis hermoso,
sin par en lo generoso,
sin igual en ardimiento,

sol que mata las estrellas,
la fama arrebatada toda;
y es siempre el galán de moda
entre las damas más bellas.

Resuena desde Toledo
su nombre por toda España;
los nobles le tienen saña,
los bravos le tienen miedo.

Los golillas le desdoran,
los clérigos le aborrecen,
los soldados le apetece,
y los villanos le adoran.

Mas á él le importa un ardite
de tan varia voluntad,
y toma por la ciudad,
donde le encuentra, desquite.

Que no hallando ningún Cid
ni topando una Lucrecia,
cuantas conquista, desprecia,
mata cuantos vence en lid.

Tiene un palacio por casa,
da fiestas por afrentar,
que no hay quien sepa igualar
sus profusiones sin tasa.

Sin amigos y sin deudos,
vive sólo para sí,
y le mantienen así
sus herencias y sus feudos.